

ACTITUD REGIA

En la memoria de cuantos han tenido oportunidad de presenciar alguno de los actos con que se ha festejado la visita de Su Alteza, el Príncipe de Saboya, permanecerá imborrable el recuerdo de esos días, en los cuales el pueblo de Buenos Aires ha prestado su concurso más entusiasta a las ceremonias con que se ha querido dar testimonio de sincera adhesión a todo lo que representaba Su Alteza: la cultura latina, el pueblo itálico y la fe eternamente nueva del cristianismo.

Buenos Aires ha acogido a Su Alteza con el corazón en la mano, y no ha escatimado sus expansiones para demostrar cuán hondos eran su emoción y su contento al recibir en su seno al futuro monarca de un pueblo, cuya sangre rica y fuerte—como que es la que dió vida a los Césares de la Roma imperial y la que más tarde fué «semilla de nuevos cristianos»—se ha infiltrado en la nuestra, creando nuevas y estimulantes energías.

Y el Príncipe no ha defraudado la expectativa que en torno a su venida nos habíamos forjado los argentinos.

No ha sido un príncipe hierático, adusto ni protocolar este que ha despertado entre nosotros un movimiento de admiración tan singular; ni tampoco un príncipe encantado y romántico para el cual el mundo gira a sus plantas mientras su imaginación vuela por regiones irrealles, lejos de su pueblo a quien debe amor, protección y justicia. Nó. El príncipe, a quien millares de ojos han visto y escudriñado, es un príncipe de porte sencillo a la vez que de distinción nativa y genuinamente regia; de mirada serena, profunda, inteligente y amable; habitualmente sonriente, como predisponiendo su ánimo a la bondad, a la tolerancia y a la mansedumbre; muy señor de sí mismo y consciente ejecutor de la noble misión de confraternidad que le ha traído a estas tierras.

Humberto de Saboya, que no ha traspuesto aún la mayoría de edad, se ha presentado tal como es, con toda la apostura de un hombre avezado a las grandes situaciones; siempre llano, mesurado y discreto, sin perder por eso las líneas de una marcialidad varonil y arrogante que es uno de sus rasgos distintivos.

Una sola actitud bastaría para adivinar toda la hombría de su espíritu. Fué el mismo día de su llegada. Una muchedumbre que negreaba y se estrujaba por calles, plazas y avenidas, aguardaba impaciente su arribo. Triunfalmente, el Príncipe, acompañado por el Presidente de la República, recorrió el trayecto que va desde el puerto a la Casa de Gobierno, y de ésta al palacio Bosch. Ovaciones estruendosas saludaban su paso por las arterias de la ciudad. Las flores arrojadas por millares de manos femeninas cubrían materialmente la carroza. Era toda una apoteosis.

Y así, en medio del delirio de un pueblo, y a través de una masa compacta que apenas ofrecía un claro al paso de la comitiva, se iba avanzando lentamente, camino de la residencia que albergaría al Príncipe.

Al pasar frente al Colegio del Salvador, el Príncipe y las autoridades nacionales fueron saludados por los directores de la casa, la comunidad y los alumnos, una parte de los cuales presentaron armas. El Príncipe agradeció con vivas muestras de simpatía esta espontánea cuanto significativa demostración.

La carroza prosiguió su marcha triunfal. A pocos metros, y por orden del Príncipe, se detenía ante la puerta misma del templo del Salvador, en momentos en que las campanas echadas a vuelo resonaban con su acento de bronce, grave y épico, poniendo en el ambiente una nota más de caldeadas vibraciones.

En medio de una expectativa emocionante el Príncipe púsose de pie, y llevando la mano al kepi, se inclinó con natural reverencia, rindiendo tributo de público homenaje al Dios de su fe. La multitud que guardara por instantes un religioso silencio, dominada quizás por la majestad y nobleza sencillamente grande de ese gesto, estalló de pronto en francas demostraciones de aprobación.

Todos habían interpretado el acto en su verdadero valor. El Príncipe confesaba digna y paladinamente su credo: el credo de la casa de Saboya, que cuenta en su larga historia con santos y beatos que realizaron la tradición eminentemente cristiana de la dinastía italiana; el credo del *poveretto* y taumaturgo de Asis y el de Santo Tomás de Aquino; el de Dante y el de Cristóbal Colón... y daba a entender que, en circunstancia tan solemne, las aclamaciones que recibía de un pueblo, casi hermano del suyo, debían ser ofrendadas al que rige los destinos de monarquías y de repúblicas y está por encima de los poderosos de la tierra.

No desdeñó el Príncipe las inspiraciones íntimas de su conciencia,

ni olvidó que la gratitud a Dios es la más bella prenda moral del espíritu, y el carácter, la mejor garantía para el acierto en el gobierno de los hombres.

¡ Hermosa lección de consecuencia la que ofreció el Príncipe con tan sencilla cuanto valiente exteriorización de sus ideales! A los católicos argentinos corresponde tomar nota para ilustrar su conducta en tantas ocasiones en las cuales, por razones que no son razones, se procede en completo desacuerdo con el propio sentir. Si Humberto de Saboya por muchos conceptos ha llamado justamente la atención, uno es éste que avalora todos los demás y que nos dice que Buenos Aires, además de haber agasajado a un joven Príncipe, ha albergado a un espíritu lleno de entereza, y ha honrado a un futuro gran monarca.

Cuando la Providencia le llame a mayores responsabilidades, a buen seguro que sabrá guiar el timón del Estado con mano firme y convicciones arraigadas y dará pie para la solución definitiva de los grandes problemas que agitan al pueblo italiano.

PEDRO TILLI.